

ALEJANDRA OBERTI

# LAS REVOLUCIONARIAS

Militancia, vida cotidiana  
y afectividad en los setenta



Oberti, Alejandra  
Las revolucionarias. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2015.  
280 p.; 13,5x19,5 cm.

ISBN 978-987-628-351-9

1. Partidos Políticos. I. Título  
CDD 324

Diseño de interior: Juan Balaguer y Cristina Cermeño  
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: marzo de 2015

© Alejandra Oberti, 2015  
© de la presente edición Edhasa, 2015

Córdoba 744 2° C, Buenos Aires  
info@edhasa.com.ar  
<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona  
E-mail: info@edhasa.es  
<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-351-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Encuadernación Araoz S.R.L.

Impreso en Argentina

Más que nunca creo que la lucha en pro del socialismo latinoamericano debe enfrentar el horror cotidiano con la única actitud que un día le dará la victoria: cuidando preciosamente, celosamente, la capacidad de vivir tal como la queremos para ese futuro, con todo lo que supone de amor, de juego y de alegría.

Julio Cortázar, *Libro de Manuel*



# Índice

Introducción..... 11

## **Primera parte**

La construcción de la subjetividad revolucionaria

Capítulo 1. Cuerpos y afectos para la revolución ..... 33

## **Segunda Parte**

Las mujeres en la revolución

Capítulo 2. El PRT-ERP..... 73

Capítulo 3. Las organizaciones armadas peronistas..... 99

## **Tercera parte**

Memorias de la militancia

Introducción..... 127

Capítulo 4. La pasión por el tiempo que vendrá.

Política y vida cotidiana ..... 133

Capítulo 5. Dar cuenta de sí mismas.

La casa, las armas y el género..... 187

Epílogo..... 241

Agradecimientos..... 253

Testimonios, documentos y bibliografía..... 257



# Introducción

## **Nota preliminar**

En las primeras horas de la mañana del 23 de enero de 1989 escuché por la radio que un grupo de militares se había sublevado nuevamente. Esa vez, que hubiera sido la cuarta desde que en Semana Santa de 1987 se produjo el primer levantamiento militar en reclamo de la suspensión de juicios por violaciones a los derechos humanos, se trataba del Regimiento de Infantería III de la localidad bonaerense de La Tablada. En esos años de comunicaciones más lentas, sin Internet ni celulares y con los teléfonos funcionando apenas, la radio era el principal medio para enterarse de las noticias de último momento. A media mañana, con datos más concretos del levantamiento y la certeza de que las fuerzas armadas no dejarían de presionar hasta que lo poco que aun continuaba vigente del accionar de la justicia fuera desmantelado, algunas voces comenzaron a decir que no se trataba de un levantamiento militar sino de un ataque guerrillero. Basaban esa afirmación en un hecho en apariencia banal. Entre los atacantes, decían en la radio, se había visto a una persona con el pelo largo, presumiblemente una mujer. “No pueden ser militares, los que tienen mujeres son los guerrilleros” se dijo entonces. La afirmación de algún periodista o locutor que algunas personas comenzaron a repetir casi como una provocación resultó estrictamente verdadera. Se trataba de un grupo de militantes del Movimiento Todos por la Patria que

esperaban con esta acción evitar lo que suponían sería un golpe de Estado y entre ellos había mujeres.

Unos años más tarde, la escritora Matilde Sánchez representaría en su novela *El Dock* (1993) la participación de mujeres en ese evento. La evocación llegaba a través de sus efectos más dramáticos: la imagen –transmitida por los medios de comunicación– de la guerrillera muerta que da inicio al relato ficcional y el hijo huérfano que llega hasta la narradora para reconstruir su vida inventándose una familia por fuera de los lazos de sangre.<sup>1</sup>

No pretendo aquí referirme a este evento sino simplemente subrayar una doble serie de preguntas que surgen del encuentro entre la frase suelta “los que tienen mujeres son los guerrilleros” –una sentencia que enunciada desde la *doxa* confirma y reafirma un saber popular– y la elaboración de Matilde Sánchez. Por un lado me pregunto, ¿el eco de qué certeza traía a aquel enero la confirmación de que había mujeres entre quienes intentaban tomar el cuartel?, por otro, ¿por qué la presencia de mujeres en una acción armada remite inmediatamente a las relaciones personales, la vida privada, los hijos?

En septiembre de 1970, la revista *Cristianismo y Revolución* publicó un reportaje a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) en el cual explicaban su vocación revolucionaria. Apoyados en la tradición del movimiento peronista, invocaban en ese texto la potencia subversiva y la capacidad de organización y movilización de la clase obrera y el pueblo en pos de una liberación que, decían, “trasciende los marcos puramente económicos” en tanto “implica la creación del *hombre nuevo*” y que tendría como punto de partida “la construcción de una organización político-militar revolucionaria que se consolide en una guerra prolongada con la participación masiva del pueblo”. Esa guerra de todo el pueblo incluía también a las mujeres.

CyR: Se ha observado la presencia casi invariable de algunas mujeres en los grupos de acción de las FAP. ¿Qué significado se le da a este hecho?

FAP: Nosotros partimos por principio de una amplia concepción revolucionaria de acuerdo a la cual la mujer tiene que tener el mismo grado de participación que el hombre en todos los procesos de la sociedad y, sobre todo, en el proceso de cambiar una sociedad que la ha sumergido en una situación de marginación y dependencia. Es por ello que en las FAP, mujeres y hombres tenemos el mismo grado de participación en todas las tareas revolucionarias y en todo tipo de responsabilidades, especialmente en la primera línea de combate. Además es la continuación de toda una trayectoria en nuestro movimiento, ejemplificada no sólo por Eva Perón sino también por las medidas concretas del gobierno peronista que elevaron a la mujer argentina en todos los órdenes, especialmente el político (CyR 25, 1970: 20).

Bajo el amparo de una generalidad que indica que el proceso de cambiar una sociedad es tarea de todos y todas, las mujeres fueron recibidas en las FAP, como en otras organizaciones político-militares, tímidamente al principio y de manera cada vez más extensa en los años siguientes. En una época, las décadas de 1960 y 1970, de múltiples rupturas en todo el mundo las mujeres protagonizaron las suyas propias. Entre ellas el feminismo ocupa un lugar, quizás el más destacado, pero no el único. En la Argentina, como en otros países de América Latina, muchas mujeres fueron parte de los grupos que concluyeron en que los largos años de autoritarismos y proscripciones –también de injusticia social y explotación– sólo terminarían mediante el uso de la violencia. Se sumaron entonces a diversos tipos de militancias entre las cua-

les se destacan las organizaciones político-militares. *Mujeres y hombres tenemos el mismo grado de participación en todas las tareas revolucionarias y en todo tipo de responsabilidades, especialmente en la primera línea de combate*, se decía en 1970. Ese fue el modo en que muchas mujeres optaron en esos años por distintos niveles de activismos y revueltas y dejaron a propósito de esa militancia una estela perdurable: *los que tienen mujeres son los guerrilleros* (1989).

La frase áspera y agresiva que en 1989 actualiza el enunciado explicativo de los años setenta muestra a la vez la estela y el signo del tiempo en que fue pronunciada. Porque es atributo de la memoria tener una temporalidad múltiple, se evidencia en ella la complejidad de los procesos de recordar (Jelín: 2002).<sup>2</sup>

Si los primeros años de la transición –marcados por la denuncia y la búsqueda de justicia para los crímenes de la dictadura– no fueron un momento apto para hablar públicamente de la militancia de los años sesenta y setenta, el final de los años ochenta, signados por las políticas de impunidad, tampoco. En efecto, en el contexto de revalorización de las instituciones democráticas que se produjo con la vuelta al régimen constitucional, la militancia revolucionaria de las décadas anteriores fue silenciada. La legitimidad de la participación política se expresó en los años ochenta a través de canales diferentes. Entre éstos, el feminismo y el movimiento de mujeres que se hicieron visibles desde los primeros momentos de la transición presentaron escasa continuidad con las formas de la militancia de las décadas anteriores (Vasallo M., 2009). Relaciones que se establecen con distintas intensidades en momentos posteriores.<sup>3</sup>

El ingreso a la escena pública, hacia mediados de la década de 1990, del relato de la militancia comenzó lentamente a plantear nuevos temas y problemas que se han desarrollado de acuerdo a los distintos contextos sociales y políticos (Oberti y

Pittaluga, 2012). En ese marco, aunque menos explorada que otros aspectos de la militancia, la presencia notable –en términos de cantidad y también de compromiso– de mujeres en las organizaciones político-militares ha sido objeto de reconocimiento tanto por parte de las protagonistas, como de quienes estudian esas militancias.<sup>4</sup> Es así que de la mano de esa escalada creciente de intervenciones que añaden miradas analíticas a la producción referida a la militancia revolucionaria, la frase de 1989 pierde su rispidez para dar lugar a preguntas acerca de las características que asumió la participación de las mujeres y de las consecuencias de esa integración para el modo en que la izquierda ha pensado la subjetividad revolucionaria.

### **Repensar la historia de las organizaciones político-militares**

Este trabajo es un intento de repensar la militancia en las organizaciones político-militares argentinas (especialmente Montoneros y el PRT-ERP) a través del examen de la participación activa y extendida de las mujeres en ellas y el modo en que ésta sobredetermina la cuestión más amplia de la construcción de una subjetividad revolucionaria.

Se trata de una experiencia militante que tuvo lugar en el marco de un profundo movimiento de activación política y social y de contestación cultural que fue creciendo en la Argentina de manera heterogénea desde la segunda mitad de los años cincuenta dando lugar a la emergencia y proliferación de una gran variedad de grupos políticos que conformaron el fenómeno de la “nueva izquierda” (Tortti, 1998) y también en un contexto de profundas transformaciones en los modos en que se organizaban la vida cotidiana, las relaciones familiares y las costumbres

sexuales (Cosse, 2010). Una época en la que surgieron también grupos de mujeres feministas, una forma de militancia que ha quedado opacada por otras más extendidas pero que sin embargo –y aunque de modo incipiente y con un nivel de intervención más discreto que en los países desarrollados– ha tenido presencia en la escena pública de aquellos años (Andújar *et al*, 2009; Chejter, 1996; Nari, 1996; Trebisacce, 2008; Vasallo, A., 2005).

¿Cómo y en qué términos las mujeres se inscribieron en las estructuras organizativas de Montoneros y del PRT-ERP? ¿En qué medida su incorporación –tímida en los primeros años y resuelta en la medida que entraba la década de 1970– incidió en las definiciones acerca de cómo imaginaban las organizaciones el proceso revolucionario y a los sujetos que lo llevarían adelante?

La convocatoria a las mujeres osciló entre plantear una universalidad que las reconocía en igualdad con los varones y una particularidad que las condicionaba y las hacía mirarse en imágenes predeterminadas. Llamadas a ser como las mujeres de otras revoluciones (Cuba, Argelia, Vietnam) o a encontrarse en la figura de Eva Perón, las militantes se sumaron a la construcción de movimientos, partidos y ejércitos. Independientemente del modo y la condición con que se las convocara, la militancia las transformó tanto cuanto ellas perturbaron con su género las estructuras políticas y militares donde se insertaron.

Como dimensión fundante de las identidades militantes, un conjunto de postulaciones teóricas y políticas, de representaciones y metáforas, daban forma a la revolución anhelada tanto como al orden social que imaginaban resultaría de ella. Inescindible de esas concepciones, la figura del *hombre nuevo* marcó ritmos y modelos para la actividad política. En ese contexto, una serie de referencias a las mujeres –a la militancia femenina y también a problemas específicos– muestran el modo en que las organizaciones pusieron la diferencia de género al servicio de la

construcción de subjetividad militante a la par que se plantearon la necesidad de politizar la vida cotidiana y las relaciones afectivas, incluyéndolas como aspectos de la militancia. Pero, ¿cuáles fueron los alcances y significaciones de esa politización de la vida cotidiana? ¿Significó que la vida privada, la familia y *todo* debería estar puesto en función de las tareas y objetivos de la militancia política fijados por la organización?

Pensar la *politización de lo cotidiano* como una subordinación de las relaciones personales y afectivas a la política implica reproducir la significación tradicional de la política, sus acepciones burguesas. A la vez, dejar lo privado al margen de la intervención política entraña también sostener esa división burguesa naturalizándola. ¿Hasta qué punto las organizaciones político-militares retuvieron una concepción de la política como una esfera separada de la vida privada? ¿Cuánto de esa forma de entender la política habrá incidido en el lugar preponderante que la violencia fue adquiriendo para estas organizaciones que se pensaban como revolucionarias?

### 1.

En el marco de un ideario que no sólo se planteaba transformar las estructuras y las instituciones, sino que además pretendía modificar profundamente la conciencia de los sujetos, la noción de *hombre nuevo* representaba de manera radical aquello que la revolución haría con los individuos y a la vez la necesidad de adelantarse a ese tiempo revolucionario y construir al sujeto revolucionario en aquel presente. El *hombre nuevo* encarnado en la figura del Che Guevara –aunque su génesis sería anterior a las experiencias revolucionarias latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX– reunía los valores éticos que todo revolucionario debería tener: el espíritu de sacrificio, la entrega por un ideal, el heroísmo, la solidaridad, la lucha contra el individualismo, la humildad.<sup>5</sup>

En un texto publicado en la revista *La Rosa Blindada* en 1966 León Rozitchner ya se preguntaba cómo formar “hombres adecuados al *trabajo* de realizar la revolución”. Se trata, según señala, de encarar una serie de tareas que no deben detenerse en el plano político “sino que deben alcanzar también al sujeto que interviene en él” (Rozitchner, 1966: 3). De este modo, el pasaje de la cultura burguesa a la cultura revolucionaria implicaría enfrentar la permanencia de la estructura burguesa en el individuo mismo que adhiere al proceso revolucionario. A partir de esas definiciones, el texto de Rozitchner explora tanto la necesidad acuciante como las dificultades que se presentan a la hora de producir estas transformaciones ya que “la burguesía está en nosotros como un obstáculo para comprender y realizar el proceso revolucionario” (*íd.*: 8) y en consecuencia los cambios no pueden ser proyectados “sólo a nivel de la objetividad política –que es el plano de la máxima generalidad– sino [que es necesario] *también* convertir en política la propia subjetividad” (*íd.*: 13).

La revolución necesita de “hombres revolucionarios” capaces de descubrir la contradicción impuesta por la burguesía entre el mundo privado asociado a lo sensible y el ámbito social, que sería externo y racional. Al mantener esta separación, el militante de izquierda se desconecta del proceso histórico que lo produjo y deja los proyectos revolucionarios librados a racionalidad burguesa:

Así podremos darnos la presunción de actuar, hasta de jugarlos la vida, pero en realidad mantenemos tajante, burguesía mediante, la oposición creada entre el sujeto y la cultura, que es el fundamento de la alienación burguesa. La forma cultural burguesa nos separa, contra nosotros mismos, desde dentro de nosotros mismos (*íd.*: 5).

Es así que el desafío para una política revolucionaria consistiría en producir una perturbación o una transgresión que alcance no solo las estructuras sociales sino también las divisiones tradicionalmente admitidas de lo público y lo privado, esto es producir una crítica de esa escisión.

El temprano texto de Rozitchner, titulado sugerentemente “La izquierda sin sujeto”, muestra que las preguntas acerca de la subjetividad de los revolucionarios no son ajenas a la tradición de la izquierda y anteceden y exceden los planteos que harían en relación a este problema en los años siguientes las organizaciones político-militares argentinas. Alain Badiou se refiere específicamente a esta cuestión al caracterizar al siglo XX como el tiempo en el cual las transformaciones no podrían confiarse exclusivamente al propio devenir histórico sino que requerirán de una intervención subjetiva: “El siglo XX es el siglo del acto, de lo efectivo, del presente absoluto, y no el siglo del anuncio y el porvenir” (Badiou, 2005: 83). Cómo sería esa intervención y las características de los sujetos que la llevarían adelante, constituyen parte ineludible de la reflexión política. De ahí que el ideario revolucionario propio del siglo XX no pueda pensarse por fuera del advenimiento de una “subjetividad revolucionaria”:

Entre 1850 y 1929 se pasa del progresismo histórico al heroísmo político histórico, porque se pasa, tratándose del movimiento histórico espontáneo, de la confianza a la desconfianza. El proyecto del hombre nuevo impone la idea de que vamos a obligar a la historia, a forzarla. El siglo XX es un siglo voluntarista. Digamos que es el siglo paradójico de historicismo voluntarista (*id.*: 31).<sup>6</sup>

La izquierda revolucionaria argentina de los años setenta puede considerarse un capítulo de esa extendida experiencia, de

allí que la formulación de Badiou –que enlaza con las preguntas que Rozitchner formulara con extremada lucidez varias décadas atrás– resulta sugerente para pensar la relación entre las formas organizativas (estructuras y programas) y las subjetividades que encarnaban dichos proyectos.

En el análisis del derrotero de las organizaciones (marcado tanto por la relevancia que adquieren en los primeros años de la década de 1970 como por su creciente aislamiento) uno de los argumentos que más se ha destacado es el vanguardismo y su correlativa sustitución del sujeto de la revolución por el partido; sin embargo, es preciso al mismo tiempo indagar en la singularidad de esas experiencias (más allá del modelo de intervención política que formalmente proponían) como tejido de complejas relaciones políticas y personales entre militantes. Comprender el proceso de conformación de la *subjetividad revolucionaria* de la izquierda armada de los setenta implica entonces examinar las relaciones que se establecieron entre las específicas formas de hacer política y la constitución de los sujetos que las llevaban adelante. En esa “urdimbre de determinadas relaciones político-personales, y por tanto problema político de primer orden porque es la existencia misma de una práctica política vivenciada pero oculta en la significaciones de las tramas discursivas que la sustentan” (Pittaluga, 2000: 44), se destaca la extensión de un conjunto de prácticas rituales de iniciación, de permanencia y ascenso dentro de la estructura de la organización, la cual se transforma, por una serie de deslizamientos imperceptibles, en un *mundo de vida*. Dichas prácticas rituales iban desde la prohibición de consumo de ciertos bienes culturales estigmatizados como “burgueses” hasta el uso de uniformes militares al momento de las reuniones que lo ameritaban (Mattini, 1996 y Pozzi, 2001); específicos ritos de iniciación –con categorías identitarias como simpatizante, militante, combatiente– que construían estrictas delimitaciones

entre el “adentro” y el “afuera”; normas de funcionamiento que se apoyaban en la figura de un militante idealizado, portador de atributos inalcanzables, lo cual generaba una estructura jerárquica a partir del mayor o menor acercamiento de cada militante al ideal propuesto. Esta carga ética otorgaba al discurso político-ideológico una verdad moral de la cual sería indigno sustraerse; el sujeto así interpelado era erigido en agente autónomo portador él mismo de la verdad y responsable de su defensa (Pittaluga, 2001).

## 2.

En un texto de 1980, publicado en la revista *Controversia*, Héctor Schmucler escribió acerca de la significación de los primeros testimonios de sobrevivientes de centros clandestinos de detención, insistiendo en la importancia de difundir y escuchar atentamente esos relatos cuyo alcance es múltiple ya que no se agota en la denuncia de los crímenes de la dictadura. La narración que hacen los sobrevivientes invita a repensar lo político y a realizar nuevas preguntas que permitan evaluar en qué medida las prácticas que tenían las organizaciones revolucionarias eran tributarias de una concepción burguesa que piensa la política como un campo diferenciado de la vida social. Schmucler encuentra que en el mismo testimonio de los sobrevivientes –cuya materialidad está compuesta por el relato de lo que sucedía en los campos– es posible rastrear las concepciones de la vida y la muerte que tenían las organizaciones revolucionarias. Se trata de un ejercicio temprano realizado en el momento en que las denuncias de los primeros sobrevivientes podían jugar un papel clave para detener los crímenes del Estado y también para plantear acciones de búsqueda. Sin embargo, ya en esa primera formulación de los testimonios, se pueden encontrar elementos para establecer una

aproximación (ética, política) al modo en que las organizaciones concibieron lo personal, lo político y la relación entre ambos términos:

La anécdota montonera tiene validez en la medida que refleja una forma de pensar la política por parte de las fuerzas que se llaman revolucionarias. ¿A partir de qué principios se piensa la política? ¿A qué realidad remite? Aun en nombre del materialismo, la izquierda, con frecuencia, genera su práctica desde esquemas estrictamente imaginarios. No es la realidad sino construcciones ideales lo que preside su política.

Pero ¿cuál es la realidad que reivindicamos? Un tanto insolentemente diríamos que es la realidad humana, la del hombre en el mundo. La afirmación puede sonar anacrónica; de tan obvia que parece, ha sido olvidada. Es que para buena parte de la izquierda los hombres concretos también se han vuelto categorías abstractas. La cotidianidad ha sido despreciada para incorporar la existencia en esquemas genéricos que no dan cuenta de lo real.

Este olvido de lo cotidiano –del hombre real– ha construido modelos que no resisten la historia. Los testimonios de los sobrevivientes sirven como estímulo para la reflexión: ¿qué parte del cuerpo se compromete en la acción política? ¿es posible fragmentarlo para elaborar una teoría sobre el heroísmo? (Schmucler, 1980: 4).

Si el cuerpo de los militantes, en sus dimensiones simbólica y material, era tomado en cuenta por las organizaciones revolucionarias fundamentalmente a la hora de constituirse en un medio al servicio de la revolución, en las narraciones de los sobrevivientes que Schmucler selecciona para articular su texto aparecen

relatadas vivencias corporales, recuerdos de miedo y dolor, tortura y delación. Esos cuerpos que ayer mismo estaban dispuestos como armas para la guerra, en esta nueva situación, en la que aparecen en toda su vulnerabilidad, se transforman en un *locus* significativo que le permite al intérprete localizar una zona difusa donde el testigo habla de algo que está más allá de lo que dice. Una potencia del decir que refiere al lugar de la violencia en la política y al modo en que la muerte y la desaparición se hicieron parte de la vida cotidiana de los militantes. Habla acerca de cómo aquella violencia, considerada apenas como un medio para alcanzar el futuro anhelado, pasó a ocupar el centro de la escena. Refiere a la derrota de las expectativas, a la clandestinidad, a la detención, a la muerte, a la desaparición o el exilio a la par que se iba desvaneciendo la confianza en que su militancia colaboraba para que el proceso histórico cumpliera su destino, que no era otro que el triunfo final de las fuerzas revolucionarias.

Schmucler analiza también las consecuencias de aquello que definió como la constitución de la política como técnica:

Cuando se habla de politizar las diferentes esferas de la vida social, suele entenderse como la necesidad de introducir la variable “política” en otras actividades de la vida que, en sí, no serían políticas. De allí que el predominio de lo político se haya constituido, en la práctica, en una subordinación de las múltiples experiencias por las que pasan los hombres en su existencia a lo político como técnica; lo político como una forma específica de acción al margen de aquellas experiencias. La política como técnica confirma la idea de que la existencia de los hombres reales es una suma de elementos fragmentarios. Por un lado está el hombre político; por otro el que desea; por otro el que piensa la producción. Esta desarticulación propia

de la imagen que el capitalismo tiene del mundo y que, por lo tanto, trata de reproducirlo en la organización que propone para la existencia es capturada, de hecho, por la izquierda que se pretende revolucionaria. Por ese camino, el héroe se transformará en el sujeto político ideal y los seres humanos heroicos en los instrumentos más adecuados para la construcción política que se postula. [...] El revolucionario debe alienarse en una "otra cosa" que se llama revolución y que, por lo general, se muestra como una acumulación de hechos materiales o de aparatos de poder al margen de los hombres concretos que sin embargo tienen su única existencia en la forma en que transitan su vida cotidiana. El socialismo suele mostrar sus triunfos contabilizando los mismos datos que mercantilmente ha impuesto el capitalismo como variables indicadoras de bienestar. La izquierda olvida, negándose a sí misma, las preguntas centrales que le darían sentido. De qué nueva manera se relacionan los hombres entre sí, cómo cambia la relación de cada uno con su cuerpo, cómo modifica el vínculo de los seres humanos con la naturaleza, en fin, qué nueva cultura propone (Schmucler, 1980: 5).

Los planteos que realizan León Rozitchner y Héctor Schmucler con relación a la revolución y sus sujetos y al lugar del cuerpo y del heroísmo en la lucha revolucionaria sugieren leer la experiencia de las organizaciones armadas tomando en cuenta las dimensiones subjetivas como inescindibles de la práctica política.

### 3.

Como han señalado diferentes pensadoras feministas, la presencia extendida de mujeres en el ámbito público tiende a deses-

tabilizar la distinción entre la política y la vida privada. Esta distinción, que ha recorrido las representaciones culturales mediante un reparto de atributos que circunscriben lo femenino a un rango inferiorizado, “traza un corte entre las mujeres y la política” (Richard, 2000) a la vez que se constituye en “tecnologías de género” (De Lauretis, 1996)<sup>7</sup> que expresan y reproducen las ideologías sexuales hegemónicas con sus jerarquías de género implícitas. Sylvia Molloy (2000) sugiere que una manera de perturbar las definiciones de lo que se espera de un varón y una mujer es (re)leer el “texto cultural” a partir del género, no en el sentido de rescatar textos olvidados o mal leídos sino con la intención de producir fisuras en las lecturas establecidas que permitan realizar una aproximación novedosa al tema en cuestión. En esta propuesta, entonces, no se trata de encontrar otros textos, sino de volver sobre el corpus de materiales producidos por las organizaciones, buscando allí las representaciones de género que proponen.

Por otro lado, los testimonios de las protagonistas –cuando narran, explican y argumentan la militancia– constituyen un corpus privilegiado para leer el modo en que funcionaba la relación entre lo público y lo privado y la relación entre política y vida personal. Los dispositivos narrativos puestos en juego en los relatos testimoniales refieren a las representaciones sexuales y corporales, la transmisión entre generaciones, la vida cotidiana, la sexualidad, las relaciones entre los sexos, la maternidad.

La utilización de la categoría de género para abordar las representaciones de violencia y memoria implica enfatizar su perspectiva histórica y relacional. El punto de vista que sigo se deslinda tanto de las interpretaciones reductivas (el género como indagación de la construcción cultural de lo masculino-femenino ligada a los “estudios de la mujer”, por ejemplo), como de aquellas formulaciones que la subordinan a otras categorías

consideradas más “centrales” (que, por lo tanto, no le conceden una real legitimación en los diversos campos de conocimiento). Desde una perspectiva más amplia, el recorrido establece lecturas *desde* el género y no *en y sobre* el género, en consonancia con otras categorías identitarias (sociales, sexuales, generacionales, nacionales), fortalece el cruce con otros discursos y problemáticas y de este modo potencia su capacidad de intervención en la lucha por el sentido, de modo similar al que postula Judith Butler. La noción de *performatividad* de esta autora, en tanto “esfera en la que el poder actúa como discurso” (Butler, 2002: 316), esto es, entendida no como acto individual y voluntario de un individuo sino como una serie de prácticas ritualizadas y reiteradas en el tiempo por medio de las cuales el discurso produce los fenómenos que nombra, resulta decisiva en esta argumentación: “las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual...” (Butler, 2002: 18). De aquí que Butler sostenga que el género no es una identidad fija y predeterminada sino más bien “una identidad instituida por una *repetición estilizada de actos*” (Butler, 1998: 297).

#### 4.

Este estudio se vale de un *corpus* heterogéneo tanto en su naturaleza como en relación a los contextos epocales de enunciación: por un lado testimonios de militantes del PRT-ERP y Montoneros y por otro, textos (documentos internos y prensa) producidos por esas organizaciones. El punto de partida teórico metodológico atiende a esa doble temporalidad e intersecta los problemas historiográficos relativos al nexo entre pasado y presente con los desarrollos actuales de los estudios sobre la memoria colectiva y su relación con

la cuestión de la identidad tanto colectiva como individual. Me apoyo especialmente en las formulaciones de Paul Ricœur (1996) acerca del carácter narrativo de las identidades con sus dimensiones de cambio y permanencia y la compleja articulación de temporalidades que pone en evidencia repeticiones y diferencias. En el caso de los testimonios de militantes las narraciones personales asumen configuraciones particulares, en tanto apuntan a hacer comprensible –a otorgar sentido– a las prácticas militantes a la luz de los sucesos posteriores. Es así que los relatos de la militancia son indispensables para la tarea de desentrañar las relaciones entre sujetos y prácticas, un trabajo para el cual los textos de época no son suficientes. No solamente porque no todo ha quedado registrado (la clandestinidad en la que se desarrolló una parte importante de la militancia y la destrucción de muchos documentos seguramente conspiraron para que información valiosa sea irrecuperable), sino principalmente porque todavía es necesaria una comprensión más profunda y más actual de las dimensiones éticas y políticas de la militancia setentista. A través de lo que no está en los documentos, o de la relectura de los documentos desde los relatos actuales, se puede acceder a todo un universo de significaciones que permite comprender mejor las dimensiones subjetivas de esa militancia. Hay quienes objetan la incorporación de testimonios para el estudio del pasado reciente con el argumento de que este tipo de narraciones, al estar realizadas en el presente, se encuentran afectadas por las nuevas posiciones en las que se encuentran los sujetos. Por el contrario, considero que la consistencia de los sujetos rememorantes está dada justamente por la compleja relación entre lo que permanece y lo que cambia, entre la posibilidad/necesidad de “hacerse cargo” y aquello que el tiempo y las interacciones con otros aportan.<sup>8</sup>

Los testimonios que analizo tienen distintos orígenes: entrevistas realizadas por mí, entrevistas editadas en compilaciones

realizadas y publicadas por distintas autoras y el corpus principal compuesto por testimonios seleccionados del extenso material reunido en el Archivo Oral de Memoria Abierta.<sup>9</sup> Sobre un total de 230 testimonios de militantes de las organizaciones armadas peronistas, del PRT-ERP y de los frentes de masas vinculados a éstas (104 mujeres y 126 varones) seleccioné aquellos más representativos y relevantes para los temas abordados en esta investigación.

## Notas

<sup>1</sup> Nora Domínguez (2007) ha analizado esta novela atendiendo especialmente al modo en que en ese texto la figura maternal no aparece dada por lazos biológicos sino por una construcción laboriosa que realizan el hijo de la mujer muerta y una amiga de ésta. Como parte de ese trabajo los personajes buscan a la vez desentrañar la historia de la guerrillera muerta en combate.

<sup>2</sup> Elizabeth Jelin (2002) se refiere a los procesos de memoria como un trabajo social de dar sentido e interpretar los hechos del pasado desde el presente. La temporalidad de ese trabajo es compleja y en ella intervienen diferentes capas de pasado que usualmente se superponen. El campo de estudios sobre la memoria colectiva se ha multiplicado en la última década y en el caso argentino ha tenido una extensión por demás notable en el estudio del pasado reciente, especialmente en relación a la reconstrucción de los procesos sociales y políticos de la décadas de 1960 en adelante. Se trata de un espacio de debates e investigaciones que se relaciona directamente con la experiencia de la violencia y que, como señala Jelin, apunta tanto a reconstruir el pasado como a “pensar y analizar las presencias y sentidos del pasado en nuestras sociedades” (Jelin, 2002: 2).

<sup>3</sup> Con referencia a la dinámica propia que toma el movimiento feminista desde los años ochenta en adelante, Marta Vasallo (2009) señala que éste ha establecido un corte con ese pasado militante aun cuando algunas de sus integrantes hubieran estado vinculadas a las organizaciones políticas y político-militares en los años sesenta y setenta.

<sup>4</sup> Las características de la militancia en estas organizaciones hacen que resulte muy difícil precisar la proporción de mujeres que las integraron ya que no hay registros, ni formales, ni informales, que permitan inferir siquiera por aproximación un número. Hay coincidencias en señalar que a partir de finales de los años